

(Rom. 10,13), y de la cual expone sus valores teológicos. La revelación de Jesús ha hecho precisamente esto: Manifestar el Nombre de Dios a los hombres (Jo 17,26). Pero en la nueva Alianza ya no se trata de un nombre, sino de una Persona: Jesucristo. El, en su misma Persona y en virtud de su Pascua, puede llamarse la salvación por excelencia. El perfecciona y completa toda la religión del A. T. y, concretamente, de la profecía de Joel. Cualquier página del N. T. nos hace ver el cumplimiento de esta verdad en su divina Persona. En Jesucristo se nos ha dado todo el sentido, todo el conocimiento de Dios. Si antes el israelita, con la invocación del nombre de Jahvé, se dirigía a Dios, ahora lo hacemos «en el nombre de Jesús», gloria de Dios en medio de nosotros. En fin, la invocación del Nombre significaría la vida toda de la Iglesia, comunidad mesiánica y escatológica, y de cada uno de sus miembros.

Mediante estas afirmaciones, entre otras tantas de máximo interés, se ve cómo el libro tiende a poner de relieve un tema fundamental del A. T., y que tiene una conexión estrecha y un evidente influjo sobre el Nuevo.

El tema, que ya tenía algunos estudios en lengua alemana, ahora se pone al alcance de un mayor número de lectores, que se aprovecharán del profundo sentido bíblico del *Nomen Domini*. Los estudiosos no dejarán de hallar en él puntos de vista muy útiles. Si el autor se hubiera decidido a redactar un índice de los textos citados, esta utilidad hubiera aparecido todavía más palpable.

R. DÍAZ CARBONELL, O. S. B.

HENNING GRAF REVENTLOW: *Wächter über Israel. Ezechiel und seine Tradition* (Beihfte zur Zeitschrift für die Alttestamentliche Wissenschaft, 82). Verlag Alfred Töpelmann, Berlín, 1962. 160 x 240 cm., 172 págs.

El libro que presentamos es un trabajo, refundido y abreviado, que fue llevado por el autor a la Facultad de Teología de la Universidad de Kiel, en enero de 1960, como tesis de habilitación.

La introducción tiene como título «la tradición profética». La cuestión de la tradición profética en Israel, tan actual hoy como siempre, equivale —dice el autor— a la cuestión de la relación entre los Profetas y la Ley de su pueblo o Pentateuco. Los investigadores más caracterizados de nuestro siglo han cambiado esta relación: en efecto, se considera primeramente no la Ley o Pentateuco, sino los grandes individuos, las personalidades extáticas, inspiradas por la divinidad, que contemplan y manifiestan, en imágenes poéticas, cosas inauditas sobre Dios y el mundo. Afirma que las posturas hasta ahora clásicas en torno a estos problemas deben ser examinadas a fondo; v. gr., alude en concreto a la antigua antítesis entre lo «cultural» y lo «moral». Hoy los Profetas son vistos de otra manera. Sin embargo, añade, sería interesante conocer algo más sobre la misión profética, para lo cual el estudio de la historia de las formas —ya muy desarrollado en torno al Pentateuco— debería ser estimulado en la investigación profética. Una de las figuras más prometedoras en este sentido es Ezequiel. Es digno de notar que en él su enraizamiento en las tradiciones sagradas y en las reglas del culto no supuso ningún inconveniente para su formación ético-religiosa

de profeta; se presenta, decía Wellhausen, como un «Sacerdote bajo capa de Profeta». Según el autor, los ensayos que se han hecho sobre Ezequiel no han llegado aún a un juicio satisfactorio sobre él, por lo que hace suyo el juicio de Zimmerli de que «las hipótesis criticoliterarias, biográficas y psicológicas se encuentran en Ezequiel ante un enigma, que todavía no ha sido revelado». No debemos, pues, darnos por contentos con estos resultados. El estudio ha decaído, dice el autor, porque decayó el interés por la crítica.

La parte central del libro viene dividida en seis apartados: I. «El profeta de la ruina». Examina los cc. 4-6 (el gran complejo del anuncio de la ruina), insistiendo en las formas literarias de cada pasaje, así como c. 12, vv. 14-16; c. 15, c. 14, vv. 12-23. Finalmente, estudia el origen de la historia de las formas en la profecía de la ruina en Ezequiel (pp. 42-44), que se relacionaría con las imprecaciones del culto. Señala que hay contactos con Lev 26.—II. «El profeta de la salud». A aquellos que ven en los profetas sólo anunciadores de «castigos» ha extrañado encontrar en Ezequiel el anuncio de «salud», hasta tal punto que algunos no han dudado en rechazar esos textos, o, al menos, los colocan en segundo plano. El autor cree que Ezequiel actuó primero en Jerusalén, donde anunció el castigo, y luego en el exilio, donde comenzó a anunciar la salud. Sin embargo, añade, no faltan en la primera parte profecías de salud: v. gr., 11, 14 ss.; 14, 21 ss...: decir que éstas son adiciones exílicas, como hace Hölischer, o fórmulas estereotipadas es proceder un poco a la ligera y olvidar la tradición profética.—III. «El profeta de la historia»: Uno de los datos más sorprendentes en las profecías del A. T. es la fuerte trabazón de la Historia que se advierte en ellas, hasta tal punto que el Liberalismo ha dicho que la profecía ha sido el primer movimiento histórico-filosófico de la humanidad, añadiendo que la reflexión sobre la Historia ha sido la gran conquista históricoespiritual de los profetas (p. 68).—IV. «El profeta de la Ley»: Examina diversos textos, terminando con un breve apartado sobre el origen de la historia de las formas de la profecía de la Ley en Ez. (p. 115 s.).—V. «El vigía»: El oficio profético de Ez. tuvo otra tarea especial, que excepcionalmente no se deja manifestar sólo por la forma del mensaje, sino que constituye el tema de alguno de sus textos (v. gr., c. 18, vv. 21 ss.). Es éste un oficio de responsabilidad, cuya misión es avisar o advertir. También dedica, al final, un apartado al estudio del origen de esta forma literaria.—VI. «El profeta de los pueblos extranjeros»: Estudia varios textos (v. gr., cc. 25, 35, 29...), para terminar examinando el origen de la forma de estas profecías.

La última parte del libro se titula «el nuevo retrato de Ezequiel» (p. 157 ss.). Consta de cuatro breves apartados, dedicados, respectivamente, a la tradición de la alianza en Ez., a la profecía de la prueba y la situación forense, al oficio de abogado de los profetas y al estudio de «la nueva imagen o visión del oficio profético». Este último apartado nos parece el más interesante. El autor cree que de todo lo dicho anteriormente la función profética de Ez. queda perfectamente definida y vinculada a una tradición. En Ez. tenemos un profeta que se sitúa al final de un período de evolución, pero que sigue perteneciendo al período clásico de la profecía. Ezequiel se formó en Jerusalén. La división de la misión de Ezequiel en varios períodos no se puede sostener, ya que la profecía de la ruina y la de la salud están íntimamente relacionadas, puesto que la separación actual que ofrece el libro es algo artificioso. Tampoco la profecía sobre los pueblos

extranjeros y la profecía sobre Israel están tan separadas como aparece en el libro actual. Los sucesos del 587/6 tampoco significan ningún corte fundamental, ya que el oficio de vigía y la profecía de salud no son misiones exclusivas de uno de los dos períodos, sino que abarcan la única e íntegra misión de Ezequiel. También dedica unas palabras al problema de «profeta» y «culto»: aquí, dice el autor, el juicio está enturbiado por una visión unilateral, ya que bajo «culto» se entiende, de ordinario, una determinada clase de celebraciones litúrgicas, principalmente la ofrenda del sacrificio; sin embargo, por «culto» ha de entenderse la tradición total de la alianza de Israel. Entendido así, el culto es algo muy amplio, y abarca en sí el oficio profético. Fuera de esta tradición de la alianza no se da, por lo general, profecía alguna.

Es un estudio serio y profundo sobre Ezequiel. El autor se muestra conservador, en el mejor sentido de la palabra, y critica las posturas un tanto precipitadas e irreflexivas que se han lanzado sobre Ezequiel y sobre los profetas de Israel. Hay algunos puntos discutibles, sin duda, pero su postura debe ser calificada de objetiva. Sin embargo, hemos de añadir que es bastante oscuro y que su lenguaje es tremendamente difícil de entender para los no alemanes.

J. G. TRAPIELLO, O. P.

*La Sagrada Escritura.* Nuevo Testamento. Vol. III (último). Carta a los Hebreos. Epístolas Católicas. Apocalipsis. Indices. Por los PP. Jesuitas: Miguel Nicolau, José Alonso, Ricardo Franco, Francisco J. Rodríguez Molero y Sebastián Bartina. Madrid, Biblioteca de Autores Cristianos. XX-894 págs. En tela, 120 ptas.; en plástico, 140 ptas.

Con este volumen concluye el Comentario al Nuevo Testamento preparado por prestigiosos profesores de la Compañía de Jesús en España e Hispanoamérica. El P. Nicolau traduce y comenta la carta a los Hebreos; la carta de Santiago, el P. Alonso Díaz; las cartas de San Pedro, el P. Franco; las epístolas de San Juan, el P. Rodríguez Molero; la carta de San Judas, el P. Alonso Díaz; el apocalipsis de San Juan, el P. Bartina.

Este volumen continúa la línea de los otros dos anteriores. Merecen destacarse como cualidades principales, la plena ortodoxia de la doctrina, lo exhaustivo del comentario y del análisis filológico, la claridad de exposición y la puesta al día de todos los problemas relativos a la exégesis.

Cada libro va precedido de una introducción general, en la que se tratan los temas clásicos: canonicidad, autor, fecha, estructura y género literario, dando también un resumen compendiado y sistemático del contenido doctrinal. Este contenido doctrinal se amplía luego en excursus interesantes y densos y en el mismo comentario al margen.

Los autores se muestran perfectos conocedores de la ciencia exegética moderna; analizan y enjuician los problemas de crítica textual e interna, los problemas de índole exegética y doctrinal. Preocupación constante de los autores es mantenerse dentro de la más segura exégesis y de la ortodoxia más fiel. Po-